

nos dejó una locucion alfabética de frases y locuciones de los Clásicos.

La oratoria, ese blason de Roma no disfrutaba mejor posicion y se hallaba tan decaida, que desde Plinio hasta Constantino, apenas se hallaba un orador digno de este nombre; y dá lástima despues de haber leído á Ciceron, Quintiliano, y demas hombres eminentes que la cultivaron, haber de leer á Calpurnio Flacco las adulaciones de Simmaco, por mas que le alaben Macrobio, Libanio y hasta el mismo Prudencio, los encomios tributados á Victorino hasta por el mismo Juliano, que todo no viene mas que á formar un cuadro sinóptico que á primera vista nos demuestra la inmensa distancia que hay entre la enérgica sencillez de la austera y republicana Roma, á la vil adulacion, á las serviles formas, á los vicios y disipacion que habian corrompido y enervado con la molicie y la prostitucion los corazones, enfermado los cuerpos y privado de energía y virtud los entendimientos.

Pero viene el cristianismo en auxilio de tanto mal; y si bien los que se dedicaban al púlpito y á la predicacion de la fé hubieran de aproximarse al lenguaje comun, puesto que se dirigian mas á las almas incultas y á las gentes vulgares que á los hombres de letras, y tenian que acomodar sus discursos á la condicion y cultura de su auditorio, escribiendo como S. Pablo, para gentes sencillas,

ó manifestando como el gran Padre S. Basilio, que platica habitualmente con Moisés, Elías y otros bienaventurados, cuyo lenguaje, aunque en desaliñada frase, espresa un sentimiento verdadero, conservó su energía la lengua á traves de numerosas vicisitudes en los himnos y en las salmodias, refugiándose y buscando en el templo de los cristianos la acogida que la corrupcion gentil le negara huyendo del bullicio del siglo y de las tinieblas de la ignorancia, como si se desdeñase en galanar sus frases y enaltecer con sus bellos sonidos los mezquinos hechos de pequeños hombres que deseaban el nombre de héroes para encubrir su pequeñez, y que asalariaban aduladores que, con mentidas lisonjas, enalteciesen su nada. La literatura encontró en los templos cristianos su asilo, y el clero la conservó si no en toda su fuerza, al menos en bastante brillantez y de un modo y á una altura infinitamente mas elevada que el paganismo y sus secuaces como vamos á ver.

La Iglesia se propuso levantar á su altura las letras y dar diferente giro á la literatura y mas adecuado al objeto que la destinaban, no buscando el arte en sí mismo sino haciendo servir la forma al pensamiento; en el instante en que la literatura antigua perdia su carácter, dieron uno nuevo á la literatura que empezaba y que habia de encumbrarse sobre las ruinas de la que moria disputando el imperio del mundo en esto como en

todo á la idolatría. Hasta la Iglesia no se habia pensado reunir el pueblo, señalar un sitio donde pudiera ser instruido en sus creencias, y desde el cual se le dictasen reglas sobre su adoracion y sobre su conducta: el conocimiento de las cosas sagradas, como todo lo demas, estaba monopolizado por el menor número, y jamas se le habia comunicado al vulgo; en esto, como en los demas ramos del saber, solo eran instruidos los privilegiados, ademas que no era posible enmendarlo, puesto que los mismos sacerdotes no estaban de acuerdo en punto á las doctrinas, diferian en el dogma, y la moral era segun la de la escuela á que estaban afiliados, y por lo tanto la elocuencia antigua se limitaba á los intereses materiales de un individuo ó de una ciudad, al elogio del particular, y cuando mas á la discusion entre un maestro y sus discípulos; pero aun así giraba sobre doctrinas especiales, desprovistas de un carácter público y universal; pero desde el instante en que el Señor dijo: *Id y predicad á las naciones*, la verdad aceptada en comun debia ser espuesta á todos los fieles, y el sacerdote tenia que esplicar desde el púlpito lo que interesaba no á un individuo ni á una nacion, sino á todo el mundo, la fé y la salvacion; y como ésta es una para todos, y para conseguir-la todos debian saber una misma cosa, así fué que la elocuencia tuvo un objeto fijo á que consagrarse, que todos debian saber y á todos incumbia, y

por consiguiente, que á todos debia esponerse. El sacerdote con ayuda del catecismo instruia al niño desde sus primeros años en las verdades mas sublimes, y desde el pecho de su madre que nutria su cuerpo, pasaba á los brazos del sacerdote que alimentaba su espíritu y formaba su corazon, y de este modo hasta el hombre mas tosco, el esclavo mas miserable y la mujer mas sencilla, sabian y podian responder acerca de lo que Platon y Aristóteles ignoraban: esta admirable enseñanza era continua, duraba tanto como la vida y se tenia en continuo ejercicio, bien para confirmar en la fé á los que creian, ó para volver á su sendero á los que se estraviaban, ó para convertir á los incrédulos.

Al principio fué auxiliada la predicacion por los milagros, y el Espíritu Santo que hablaba por boca de los apóstoles, no necesitaba de las persuasiones de la sabiduría humana; mas despues de la religion se estendió por la sociedad, se inculcó en ella, se mezcló en todo, y para combatir el error, tuvo que apoderarse de sus mismas armas; y de este modo, y con este motivo, pasó la elocuencia de la tribuna al púlpito, de la política á la moral, de los intereses del mundo á los del cielo: entonces, como era tan grandioso su objeto, la elocuencia cristiana levantó rápidamente su vuelo sobre la gentil, y se encumbró á una altura, cual no estuvo en los mejores dias de la república; desde el

momento en que pudo dejarse oír desde el púlpito, fué un continuo progreso que puso en mas ejercicio la lucha con los herejes, elevándose á una admirable sublimidad en boca de hombres ilustres que esceden en muchos quilates á sus contemporáneos y disputan la palma del triunfo á la antigüedad. Ellos saben hacer que se plegue á las inspiraciones sagradas el arte y el idioma para explicar las nuevas ideas de la fé; y sin embargo, este idioma en los Padres griegos, es el mismo que en Oriente tronaba con Demóstenes y encantaba con Isócrates, y en Occidente, entre los latinos, acomodan la lengua de Ciceron y sus bellezas, á las verdades de la religion; era una melodía antigua que se habia adaptado á una letra nueva; y así en uno y otro pais ganaban á la fé las gentes instruidas, y los retóricos que se habian ejercitado en las luchas de la escuela. Triunfante luego la Iglesia, así como se habia adornado con las pompas y solemnidades brillantes, se rodeó del prestigio de la elocuencia y suplió con su auxilio la falta de la fé que se habia entibiado.

En la elocuencia tuvo sus maestros, que pulsaron hábilmente todas sus cuerdas y explotaron en todas direcciones tan hermosa y rica mina, y de quienes vamos á ocuparnos: S. Atanasio no nos ha dejado ninguno de aquellos admirables discursos, con cuyo auxilio trastornó el mundo cristiano, y

en sus controversias dedicadas mas bien al dogma que á la moral, desdeña las galas y las formas de la retórica, y estrecha el argumento sin pulsar jamas una cuerda patética, acreditando así la admirable energía de su voluntad, la convicción y la inteligencia. Por el contrario, S. Gregorio y S. Basilio, se engalanan con todos los adornos del arte, aplicando no á segregar como Atanasio todos los miembros infestados de un cuerpo vigoroso, sino á conciliarlos con el amor, se ocupan menos en discutir el dogma que en mejorar las costumbres, y sus exhortaciones, animadas por un lenguaje castizo, respiran el entusiasmo de la convicción. Sus discursos están á nuestro alcance, porque la causa de la humanidad que defendian es mas universal y vital que la de la república; y así es, que despues de tantos años, aun nos ofrecen el interesante cuadro de las luchas interiores, de las incertidumbres, de las esperanzas que acompañan al hombre en el corto espacio que recorre desde la cuna al sepulcro, y por lo mismo el pueblo, desde los talleres en que ganaba su alimento, acudia presuroso á nutrir su alma en aquella escuela, que ocultaba los primores del arte, bajo el hermoso manto de una sencillez popular, elegante y persuasiva.

Estos dos campeones de la elocuencia sagrada, aunque hermanados en el fondo, aun se diferencian en los accidentes, y las descripciones de Ba-

silio tienen un fondo de verdad, un encanto en las formas que sorprenden. "Cuántas veces, esclama pintando la naturaleza, en medio de la serenidad de la noche habeis pensado en el Criador de todas las cosas, fijando vuestros ojos en la inesplicable hermosura de los astros; si os habeis preguntado quién es el que ha sembrado el cielo con tantas flores; si algunas veces habeis estudiado durante el dia las maravillas de la luz, y si os habeis elevado por conducto de las cosas visibles al Ser invisible; en su caso sois oyentes perfectamente preparados, y podeis ocupar un puesto en este magnífico anfiteatro; venid á semejanza del que coge por la mano á los que no conocen una ciudad, y les hace recorrer sus calles: así os voy á llevar como extranjeros á traves de las maravillas de esta gran ciudad del universo." Sus homilías están llenas de unción evangélica, y en todas brilla en primer término la caridad: pinta la fragilidad de la vida y de todas las cosas humanas con los bellos colores de la Biblia, tan diferentes de los de Simonidas y Stesichoro, haciéndola palpable con imágenes, siempre vivas, siempre hermosas, siempre insinuantes, y causa admiracion leer en sus escritos: "De la misma manera que los que duermen dentro de un barco, son empujados y llevados al puerto sin saberlo, así en la rapidez de nuestra vida fugitiva vamos arrastrados á nuestro último término, por un movimiento insensible y

continuo. Duermes, y el tiempo huye; velas y meditas, no por eso deja de correr tu existencia. Somos como los corredores obligados á dar cima á una carrera. Pasas delante de todo, nada dejas en pos de tí: en el camino has visto árboles, prados, aguas y cuanto puede recrear la vista. Has experimentado un instante de embeleso, y has pasado adelante; pero has caido sobre piedras, en precipicios, por rocas, entre fieras, reptiles venenosos y otras plagas. . . . Despues de haber padecido un poco los has dejado detras de tus huellas. Tal es la vida: no son durables sus penas, ni sus placeres."

Tambien elevaba el mismo asunto el alma de S. Gregorio á la meditacion: inferior en ingenio á Basilio, estaba adornado de mas brillante y graciosa imaginacion. A fin de sustituir á los clásicos latinos, compuso versos, que si son inferiores á los de éstos en el arte, están llenos de un sentimiento admirable de verdad, enteramente nuevo y desconocido hasta entonces. Reflexionando sobre el enigma de nuestra existencia se le ve discurrir. "¿Qué soy? dice. ¿Qué seré? lo ignoro. Uno mas sabio que yo tampoco lo sabe. Envuelto en nubes ando errante de un lado á otro, sin tener nada, ni aun siquiera el sueño de lo que deseo: pues somos caidos, y estamos extraviados, y mientras la nube de los sentidos pesa sobre nosotros, parece mas sabio que yo aquel que por la menti-

ra de su corazón vive más engañado. Yo soy, ¿decid qué soy? porque ha desaparecido de mí lo que era, y ahora soy otra cosa. ¿Qué seré mañana si soy todavía? Nada duradero. Paso, y me precipito á semejanza del curso de un río. Dime á qué me parezco más, y parándote en este punto, contéplame antes de que me oculte á tus ojos. No se vuelven á pasar ya las ondas que se han pasado, no se vuelve á ver el mismo hombre que se ha visto."

La elocuencia de este santo padre se nutre con esta poesía ideal y meditativa; en sus escritos se asocia la osadía oriental al aticismo, la delicadeza de un lenguaje lleno de elegancia á los desordenados vuelos del entusiasmo, la austeridad del apóstol al refinado gusto del retórico. Si llora sobre los sepulcros, nos parece oír los trenos de Jeremías; si truena contra el apóstata parece un Isaías; su elocuencia, siempre noble, se sostiene con ayuda de hábiles giros, de pensamientos ingeniosos á los que siempre se mezclan en amoroso enlace de ideas de ternura y felicidad. Nunca el hombre parecía á sus ojos eminente por sus dignidades ni por su nacimiento, sino por sus escritos y por sus méritos, y así empleaba su elocuencia en elogiar hombres de sencillas virtudes á quienes la muerte había sujetado al juicio de Dios; y sin embargo, el sepulcro no inspira á los cristianos ideas de pesadumbre y de tristeza, y el san-

to veía en él un provechoso y saludable aviso: en los elogios fúnebres de sus hermanos y de su padre hace sentir las más bellas emociones, explicándose en el de este último con el dolor de un hijo y el afecto de un amigo: allí, dirigiéndose á S. Basilio, se le oye exclamar: "Si por nosotros vienes, ¡ah! nos hallas apenas con vida, y heridos por la muerte en la más cara parte de nosotros mismos." Allí, dirigiéndose á su madre: "Aunque te parezcan, dice, en oposición la muerte y la vida, están en relación entre sí, y la una hace las veces de la otra. No sé si la esperanza que nos libra de los presentes males para conducirnos á una vida celestial puede denominarse muerte. Solo es verdadera muerte el pecado. ¡Oh madre! te falta alguno que cuide de tu ancianidad; pero ¿dónde está el Isaac que te deja mi padre para suplir por todo?" En el elogio de S. Basilio se espacia recordando su educación común, y los cuidados que los ocuparon juntos, y allí como en las demás oraciones que pronunció, se hacen admirar el calor y la elevación que saca su lenguaje de las ideas superiores, aunque se complazca en un moderado estilo, la riqueza de las imágenes, de las comparaciones, de las metáforas, el talento del escritor, y todo, en fin, contribuye á elevarle á un grado eminente entre los más ilustres oradores.

En la elocuencia epistolar sobresalieron asimismo los Padres, y S. Basilio nos ha dejado muy

cerca de cuatrocientas cartas que son un modelo de discusion en su género. Pueden además de los referidos leerse los escritos de Gregorio de Nisa, y no pueden menos de leerse con gusto los de Sinésio de Cirene, discípulo de Hipatia, en cuyas cartas brillaban admirables rasgos de elocuencia. "Comparto, dice, escribiendo á su hermano, mi tiempo, entre el placer y el estudio. Cuando medito, especialmente sobre las cosas del cielo, me recojo en mí mismo; al revés, cuando me entrego al placer, soy el mas sociable de todos los hombres; pero un obispo debe ser un hombre de Dios, ajeno á todo placer, inflexible, rodeado de mil miradas que contemplan su vida ocupado en las cosas celestes, no para sí, sino para los demás, puesto que es el doctor de la ley y debe obrar como ella." Su exhortacion á los de Cirenaica, siendo ya obispo, para animar á la defensa contra los bárbaros que todo lo asolaban, es un monumento del genio y del entusiasmo que infunde y desarrolla el valor, y hace á los hombres consumir hechos heroicamente gloriosos.

Orador y poeta, escribió en prosa y verso con elegancia y sublimidad de estilo, elevándose por momentos y engalanando las materias mas abstractas, ya con las flores de la poesía, ya con rasgos mitológicos, ya con la sublimidad de la historia: su discurso titulado *Vida literaria*, que dirige á su hijo, donde manifiesta que al par cultivó la

poesía y la oratoria; su *Elogio de la calvicie*, lleno de ingenio y delicadas alusiones mezcladas con observaciones morales; el libro *el Egipcio ó la Providencia* pinta la situacion del imperio romano bajo la alegoría de Osiris y Tifon, con la intencion de demostrar que las calamidades públicas no son un motivo para acusar á la Providencia; sus diez himnos en verso yambicos en los que mezcló á las verdades del Evangelio los ensueños de Platon, hermanando el conjunto con verdades poéticas y elevándose al idealismo meditativo, y otros varios tratados, hacen ver en él un aprovechado discípulo de Platon en el arte de revestir con bellas formas los pensamientos mas profundos. Finalmente, sus ciento cuatro epístolas amistosas y de negocios son tan seductoras como instructivas, y todas tienen el hermoso encanto, la dulce poesía, el privilegio de hacerse amar cualquiera que sea el objeto que en ellas se propone pintar. Poeta del corazon, en sus escritos revela los encantos mas puros del amor, y los mas hermosos toques de las pasiones puras de un alma enteramente consagrada al bien de sus semejantes, y engolfada en el dulce piélago del amor divino.

S. Efreem de Nisive, amigo y admirador de S. Basilio, nos dejó en las *Parenesis* una especie de regla para los trabajos y oraciones de los monjes: en sus discursos *sobre los santos Padres que murieron en paz*, bosqueja la vida de los pastores soli-

farios de la Mesopotamia con vuelos de amor y lozanía: describe en la *Confesion* la manera cómo de las dudas pasó á la certidumbre de la fé cristiana. Para alejar de mano de los fieles los himnos compuestos por los gnósticos, en particular por Bardasano y Hermonico, que estaban atestados de errores y cantaban muchos cristianos creyéndolos buenos y puros, compuso cincuenta y dos sobre los mismos tonos, pero con sentimientos ortodoxos: sus cantos de muerte [*Necrosima*], destinados en particular á los monjes, son aun mas ricos en poesía: alaba sus virtudes presentándolos como modelos y envidiando su suerte porque "no oyen ya, dice, gemidos, sino la palabra de Dios, el consuelo del dolor, la prenda de una gran esperanza: no han muerto, descansan en Jesucristo." Por otro lado, admira oírle esclamar en la muerte de un niño: "el día en que muere un hijo abre una honda llaga en el alma de sus padres, les arranca el báculo de su ancianidad. ¡Oh Señor! tu caridad los sustente." En sus cantos hay un pensamiento culminante que consuela los dolores presentes y la pérdida de una existencia fugitiva, el de una nueva vida: pensamiento que basta por sí solo á distinguir la afliccion pagana de la tristeza del cristiano, las angustias de la desesperación y de la sonrisa de la confianza.

S. Cirilo, de Jerusalem, publicó sus *Catequesis*, en que espone la sustancia del dogma, la moral y

la disciplina, y son un testimonio imponente de la inmutabilidad de la creencia católica; á éstas pueden unirse las instrucciones de S. Gaudense de Brescia, en las que brillan fulgores de una hermosa elocuencia: Eusebio de Cesarea, escribió sobre varias materias, impugnó á Arrio, defendió á Orígenes; pero su obra mas importante es la *Preparacion evangelica*, que es una coleccion de mas de cuatrocientos autores, hecha para servir de introduccion filosófica á la ciencia del Evangelio, y para demostrar contra lo que esponian judíos y gentiles, que el cristianismo no fué adoptado con una confianza insensata y una credulidad temeraria, sino con un juicio ilustrado, superando en mucho todos los sistemas paganos. En su obra pasa revista á las cosmogonías de los fenicios, de los Egipcios, de los griegos, y sostiene que la doctrina de Platon es muy poco superior á la del vulgo; que el culto y los sacrificios eran hechos á los demonios, que mas tarde fueron arrojados por Cristo; que no había que creer en el destino ni en una potestad ejercida por las estrellas sobre las acciones humanas; y por último, concluye con asegurar, que si los filósofos griegos, y con especialidad Platon, emitieron alguna idea buena, la tomaron de las santas Escrituras. Escribió la *Cronica ó Historia universal* en dos tomos, que se han encontrado en nuestros dias, y ha servido mucho para confirmar las noticias antiguas que ya tenia-